

—Sentémonos al pié de la cruz como podamos, y cerca los unos de los otros, á fin de entendernos aunque hablemos bajo, y concluyamos lo más pronto posible; separémonos cuanto antes, que si por acaso nos sorprendiesen y nos encontrasen juntos, podría sobrevenir una gran desdicha.

Sentóse sobre una sepultura Gabriel de Espinosa, y los otros tres hombres y el que le habia abierto, se sentaron apiñados á sus piés.

III.

—¿Qué teneis que contarme de vuestros sucesos en Madrigal? dijo Espinosa; que como no hubiera sido prudente enviar carta ni recado, no sé nada y tengo ánsia por saber.

—La señora doña Ana de Austria está muy contenta de vuestra majestad, dijo el duque de Coimbra, y nos ha dado muy buenas recomendaciones para su tío el rey don Felipe, en el asunto aparente que traemos.

—¿Y qué dice doña Ana de mi repentina partida? preguntó Gabriel de Espinosa.

—La señora doña Ana dice, contestó el marqués de Almeida, que vuestra majestad ha hecho muy bien, despues del escándalo del estudiante y de haber sido seguidos aquella noche vuestra majestad y fray Miguel de los Santos, pudiendo escapar sin ser reconocidos por milagro, en salir del pueblo para évitár peligros é inconvenientes; y que aunque ella quisiera tener la felicidad de no perder de vista á vuestra majestad ni un

momento, se consuela con la esperanza de que pronto tendrán fin estos trabajos, y vuestra majestad no tendrá que andar oculto bajo un nombre humilde, ni ella la pesadumbre de estar separada de vuestra majestad.

—¿Y vamos, mi buen conde de Novoa, dijo Gabriel de Espinosa, vos que sois tan aficionado á saberlo todo, sabeis lo que se dice en el pueblo del pastelero Gabriel de Espinosa?

—Dicen, señor, que Gabriel de Espinosa es mucho hombre para pastelero, y que se ha ido á Valladolid á buscar oficio más honrado y de más ganancia, y pueblo más grande donde vivir más ancho y más divertido que en Madrigal.

—¿Y qué dicen de la reina? ¿Qué hace mi esposa? ¿Qué vida trae?

—Su majestad, señor, dijo el duque de Coimbra, vive completamente retirada, y por las tardes sale un rato con su alteza la princesa doña Gabriela y acompañada del buen Gil Lopez, á las huertas que hay á las márgenes del río, á donde nosotros solíamos ir siempre que podíamos hacerlo sin excitar sospechas y acompañados de nuestros criados, no para esparcirnos, sino para servir de guardia desde lejos á su majestad.

—¿Qué semblante tiene la reina?

—Triste, pálida y cuidadosa, señor, dijo el conde de Novoa.

—Historia tan extraña como la mia, no se lee en ningún libro, ni la han visto los nacidos, dijo suspirando Gabriel de Espinosa; con mala estrella nací, y mucho me temo no acabe yo con mala estrella.

—Pues ya, señor, poco tiempo queda para salir de cuidados, y que lo decidan las armas, dijo el duque de Coimbra; mañana mismo partimos de Valladolid para la corte, si es que vuestra majestad no nos manda otra cosa, y antes de quince días, porque el pretesto que traemos es de fácil resolución, y llevamos grandes recomendaciones de la señora doña Ana, estaremos en Lisboa, y en un punto estará preparado todo para el momento en que vuestra majestad pise la tierra de su reino.

—Cada momento que pasa me pone en cuidado; parece que un mal espíritu arroja delante de mí contingencias y peligros que me atajan el camino; ya en muy poco estuvo que la insolencia de aquel mal aventurado estudiante que murió de los azotes, me arrojase en la cárcel, y diese lugar á informaciones que pudieran haberlo malogrado todo.

—¡Dios protege á los reyes! dijo el marqués de Almeida.

—¡El los hace y él los deshace! dijo Gabriel de Espinosa.

—¡La cabeza de los reyes es sagrada! dijo el conde de Novoa.

—¡Maldito es de Dios el que toca á los ungidos del Señor! dijo el marqués de Almeida.

—Los juicios de Dios son incomprensibles; él rodea con una aureola de sangre la cabeza de los mártires; él, que hirió la fuente de Saul, de Nemrob y de Baltasar, castiga con una justicia inexorable los pecados de los reyes; él ha dicho: *pro me reges regnat*: él redujo á polvo

la soberbia Babilonia; él ha herido de una manera terrible la frente de los soberbios, dijo profundamente impresionado Gabriel de Espinosa, y con un acento lleno de solemnidad y de grandeza.

—Pero Dios no hiera á sus pueblos, dijo el duque de Coimbra; Dios no quitará á Portugal, matándole su rey, la esperanza de ser libre.

—Portugal merece la ira de Dios, dijo con voz tonante Gabriel de Espinosa, olvidándose de que era prudente hablar quedo.

—¡Señor! dijeron á un tiempo como impulsados por un mismo pensamiento y con la entonación de una dolorosa protesta, los tres grandes de Portugal, pero con un profundo respeto á Gabriel de Espinosa.

—¡Sí! ¡Portugal es cobarde! insistió Gabriel de Espinosa; Portugal, despues de la muerte de mi tío el cardenal don Enrique, debió alzar á todo su poder sobre el trono á mi primo don Antonio de Portugal, prior de Ocrato; importaba poco el incontestable derecho de mi tío el rey don Felipe á la corona de Portugal; muerto yo ó desaparecido, muerto el cardenal don Enrique, la cuestión era más alta...

—Pero por lo mismo que es tan alta, se debe hablar de ella más bajo; dijo hablando por primera vez el hombre que habia abierto la puerta del cementerio á Gabriel de Espinosa; tienes la sangre viva, demasiado viva, hermano, y el humor ágrío en demasía; has nacido para ser imprudente, y para tener con el alma en la garganta á los que te aman; ¿qué más prueba de que eres el rey don Sebastian, que el ser todavía, á pesar de tus años

y de tus desgracias, el mismo mozo, audaz, temerario y loco, que llevó á morir en una empresa insensata á la flor de la nobleza portuguesa, al honor portugués, sobre el funesto y sangriento campo de batalla de Alcázar Kivir? Habla, habla más bajo, Sebastian; mira que este cementerio es pequeño; que sus tapias no son altas, que los que aquí duermen el sueño de la muerte son ajusticiados; que las calaveras que hemos tropezado con nuestros piés han sido separadas de su tronco por el cuchillo del verdugo; que ahí, donde se eleva esa cruz sombría, ha estado sepultado hasta que la gran reina doña Isabel le llevó á su soberbio panteon de Santiago, en la iglesia mayor de Toledo, el *mónstruo de la fortuna*, el que valia más que un rey de Portugal, el gran privado del rey don Juan el segundo, el muy magnífico y muy poderoso señor condestable don Alvaro de Luna; que estás pisando polvo de infamia y de grandeza; que tienes bajo tus piés crímenes y desgracias, y es necesario que salgas de aquí convertido, transformado; que es necesario que evites con suma prudencia los acontecimientos funestos que pueden sobrevenir si te dejas llevar de tu natural osado é irascible; ¿qué importaba que un mal nacido estudiante se atreviese con palabras groseras á Sayda Mirian? Pensar debiste sobre eso, por qué he aquí tu martirio; sufrir lo que otro no sufriría; apurar el cáliz de lo amargo; no desnudar jamás la espada; no levantar jamás la voz, sino ya en la última defensa del honor de tu esposa ó del honor tuyo, ó en el gran peligro de tu vida, ó de la vida de tu esposa y de tu hija.

—¿Quién es este hombre que habla así? dijo el duque de Coimbra, cuya soberbia de noble y de gran señor, y cuya vanidad portuguesa se hincharon de tal modo, que no pudieron dejar de salir por su boca y por sus ojos y por todos los poros de su cuerpo.

—Es quien puede y debe hablarme de este modo, dijo con severa y enérgica majestad, pero en voz contenida, Gabriel de Espinosa.

—Perdone vuestra majestad, señor, dijo el duque de Coimbra, porque nosotros creíamos que este hombre no era más que un genovés llamado Pietro Mastta.

Y á pesar de lo humilde de las palabras del duque de Coimbra respecto á Gabriel de Espinosa, saltaba de debajo de ellas un punzante desprecio para Yhayeben-Shariar.

—Oye tú, viejo é hinchado duque portugués, dijo con acento tranquilo Yhayeben; y vosotros, marqués de Almeida, conde de Novoa, que os creéis tanto como vuestro rey, y poco menos que el Dios Altísimo y único, oid lo que voy á deciros en palabras de paz y de consejo:

Y Yhayeben, que estaba sentado á los piés de Gabriel de Espinosa, más abajo que él, á quien como hemos dicho servia de asiento el pequeño alzado de una sepultura de tierra, apoyó su brazo en las rodillas de Gabriel y en la mano de aquel brazo su cabeza.

—Este hombre, en que tan familiar, tan cariñosamente me apoyo, vuestro rey don Sebastian de Portugal, el bravo y el ansiado por su reino, es mi hermano, más que mi hermano, mi hijo; porque he sacrificado por él mi corazón, mis tesoros, mi familia, mi pátria, mi religion.

—¡Oh! es verdad, hermano, dijo conmovido Gabriel besando en la frente á Yhayé-ben-Shariar.

—Déjame, déjame proseguir, Sebastian, dijo Yhayé con voz tranquila y siempre contenida; escuchad vosotros, grandes del reino de Portugal: el que os habla, ha sido y es más grande que vosotros; cabalgaba yo en batalla, la lanza teñida en sangre hasta la mano, ensangrentado el caballo hasta las cinchas, en sangre portuguesa y española, en sangre de vuestros viejos y aborrecidos enemigos, el día de la batalla de Alcázar-Kivir; el aire de la victoria hacia flotar mi alquicel negro de almoravid y mi estandarte verde de emir de mil ginetes, que en tropel conmigo atropellaban encarnizándose en ellos los escuadrones cristianos; yo era entonces feliz, el Koran flotaba sobre un lago de sangre en que estaba sumergida la cruz; aspiraba yo con delicia el ambiente de un día de venganza contra los cristianos; me embriagaba con el olor de su sangre aborrecida; los veía caer, como caen las espigas bajo el granizo; y yo, entonces, nobles señores, rodeado de la victoria, era un príncipe poderoso, que llevaba tras su estandarte un ejército; era yo uno de los siete emires del imperio, que contaba por miles sus esclavos, por cientos las hermosas mujeres de su haren, y que media como se mide el trigo las doblas de su tesoro.

Yhayé-ben-Shariar se detuvo, como para dar fuerza con aquella pausa á su discurso, y ninguno de los tres nobles le contestó.

Estaban dominados por lo que habia dicho Yhayé, y por la manera con que lo habia dicho.

Yhayé continuó despues de algunos segundos de pausa.

—No podia yo adivinar entonces, embriagado por el triunfo, que aquel rey de Portugal cuya derrota veia yo con la alegría cruel de una fiera, llegaria á ser mi hermano, llegaria á ser amado por mí con toda mi alma antes que todo.

Yhayé se detuvo otra vez, y despues de una ligera pausa, continuó:

—Una mujer, una niña de diez y seis años, un arcángel del sétimo cielo, una doble princesa, una sultana, hija de un xerife que no era sultan porque era tan grande que despreciaba el imperio, de un hombre que con una sola palabra hubiera conmovido al Africa como un volcan, desde el Estrecho de Gibraltar hasta las cumbres del Atlas; la hija de este hombre, más poderoso que el más poderoso rey de Europa, oyó hablar del rey de Portugal, y le pareció tan grande el que solo habia sido loco, que ansió conocerle, aunque solo pudiese conocer su cadáver, porque se decia que el rey portugués habia muerto en la batalla; esta mujer era la sultana Sayda Mirian, y á Sayda Mirian la conoceis, la conoceis, nobles señores; porque ella es vuestra reina, la esposa de vuestro rey; la cristiana doña María de Souza, que lo ha sacrificado todo á su amor.

Sin ella, vuestro rey no existiria; ella le buscó y le encontró entre montones de cadáveres; ella, con esa paciencia y ese cuidado que solo puede tener por un hombre una mujer que le ame, como es capaz de amar una mujer que valga tanto como la sultana Sayda Mirian, le disputó á la muerte, y se lo arrebató.

Ella, que pudo ser esposa del emperador Sidi Ahtmed, que la adoraba, despreció por un rey vencido y casi cadáver, á un sultan vencedor.

Ella, que pudo ser, con solo quererlo, sultana propietaria de Marruecos, venciendo á su vez al sultan Sidi Ahtmed, despreció aquella magnífica corona, por su muribundo rey cristiano.

Ella, cuando le vió salvo, cuando con mi ayuda, porque yo era esposo y lo soy de su hermana, huyó de Marruecos con don Sebastian, pasando á Túnez, donde yo tenia mis palacios, mis tesoros y mis naves, se hizo cristiana para ser esposa de vuestro rey, y no fué suya hasta que fué su esposa legítima.

Los inmensos tesoros de su padre se han perdido en las empresas marítimas de don Sebastian.

Y oíd aún, y esto es lo que á mí me toca: por procurar á vuestro rey el amparo de la poderosa república de Venecia, yo he hecho traicion á mis hermanos de Africa, y he servido de tal modo á aquella República, y ella ha premiado de una manera tal y tan alta mis servicios, que ahora mismo, señores, soy lo que no podreis menos de escuchar con asombro: monseñor Pietro Mastta, patrio á la par de la república de Génova y de Venecia, y senador y del Consejo de los Diez del estado veneciano.

—¿Y sois, vos, príncipe, dijo el duque de Coimbra, el que enviásteis á Lisboa y á mi casa con un esbirro de la república de Venecia, el retrato auténtico del rey don Sebastian?

—Yo fui, dijo Aben-Shariar.

—Pues bien, señor, dijo el duque de Coimbra; que

Dios os bendiga por lo que habeis hecho por el rey don Sebastian, como el reino de Portugal os bendice por mi boca.

—Pero aprended de mí, nobles señores; lo que os he referido no ha sido más que un ejemplo de lo que pueden hacer la lealtad y el amor; no basta con que tengais un buen deseo: es necesario que el buen deseo acompañe á la obra heroica; porque para lograr el premio de una buena accion, no basta con haberla intentado, no basta con haber arrostrado hasta cierto punto el sacrificio; es necesario llevarle completamente á cabo; hasta ahora no habeis hecho otra cosa que venir encubiertos con un pretexto á Castilla, y esto es fácil y hacedero: esto no merece tomarse en cuenta; pero ya conoceis á vuestro rey, le habeis conocido; desde este punto, si quereis seguir siendo dignos del ilustre nombre que llevais y de la gratitud de vuestra patria, debeis sacrificarlo todo á vuestro rey, porque sin vuestro rey, no hay para Portugal dignidad, ni esperanza de libertad, y os vereis unidos para siempre á los reinos que están bajo la corona de España, y un dia vereis rotos vuestros fueros y vuestras libertades, y bajo el verdugo los mejores de los vuestros, como bajo Carlos V y Felipe II sobre sus fueros rotos, han visto los aragoneses y los castellanos rodar las cabezas de Lanuza, de Padilla, de Bravo y de Maldonado.

El rey don Sebastian no es para vosotros un rey solamente: es la patria, la independencian, la libertad, el honor.

—¡Si! dijeron á un tiempo y enardecidos los tres nobles.

—Yo espero, dijo Gabriel de Espinosa, que vosotros hareis lo que os aconseja vuestro interés como portugueses, y vuestra lealtad como vasallos; yo no quiero, yo no puedo creer que vacileis ni que seais cobardes, ni que haya un solo portugués, que avergonzado de su pasada cobardía, no arrostre bravamente el martirio, llevando por bandera el nombre del rey don Sebastian.

—Por la divina sangre de Jesucristo Crucificado, dijo el duque de Coimbra, y por Nuestra Señora de Belén, que los portugueses darán una muestra harto clara de su valor, de su lealtad y de su hidalguía; que ellos, señor, harto han hecho, y no han podido hacer otra cosa.

—¡No, vive Dios! que cobardes han sido, y el recuerdo de su cobardía es lo que me pone aún vergüenza en el rostro, y lo que es en gran parte la causa de que yo haya vivido tantos años, huido, ignorado y encubierto; que lo que yo á todas las potestades de la tierra que conozco, y me han ayudado, he dicho, de que por vergüenza que tengo del mal fin de la batalla me he escondido, y lo del voto hecho de no reinar en veinte años, no es más que un pretesto, por no decir que lo que me ha tenido escondido ha sido la cobardía de los portugueses; porque si ellos todos y cada uno hubieran sido como su rey y una vez en batalla se hubieran propuesto quedar sobre el campo, ó muertos ó vencedores, no digo yo el rey don Felipe, ni el duque de Alba, ni aún el duque del Infierno, sino Dios solo hubiera podido sonrojar ni un semblante portugués, haciéndole ver puesto el yugo sobre la cerviz de Portugal; porque si la victoria á veces es imposible, morir es posible siempre; y el que muere

porque vencer no ha podido, es tanto más honrado que el que vence, aunque las dificultades para vencer hayan sido casi insuperables.

—Vuestra majestad, dijo el conde de Novoa, mide por su gran corazon el corazon de los demás, y esto, por desgracia, no es cierto, porque si lo fuera y todos los portugueses tuvieran el heróico aliento de vuestra majestad, Portugal seria una nacion de reyes bravos, y serian sus esclavas las otras naciones del mundo; y porque vuestra majestad es así, porque su corazon solo vale lo que un grande ejército, los portugueses afligidos vuelven á vuestra majestad los ojos llenos de lágrimas, y no creen lo que se ha dicho de su muerte, porque no quieren perder la esperanza, y vuestra majestad es la única esperanza del vencido reino de Portugal. ¿Pero qué habíamos de hacer, señor, sin rey, divididos en bandos, vendidos la mayor parte de los nobles, que como no hay vino generoso que no tenga heces, no hay nacion, por hidalga que sea, que no tenga hijos traidores y espúreos, exagerados otros en la legitimidad, oyendo de una parte predicar el derecho del rey don Felipe, y por otra el doblar de los atambores del ejército del rey de España, con que el duque de Alba entraba á sangre y fuego por Portugal? Se peleó; pero fué necesario arrojar las armas, porque nuestros mismos hermanos se volvian contra nosotros, proclamando la legitimidad del rey don Felipe, y los teólogos lo predicaban en las iglesias; las Córtes andaban revueltas, y el prior de Ocrato huía cobardemente, y las mujeres arrancaban las armas de las manos á sus hijos y á sus maridos.

—¡Vergüenza y oprobio!... Portugal merece ser esclavo, y lo que sucedió ayer, es posible que suceda mañana, dijo Gabriel de Espinosa.

—No, Sebastian, no; un pueblo con cabeza vale más y es más fuerte que un pueblo desmembrado, dijo Aben-Shariar.

—Decís bien, caballero, dijo el duque de Coimbra; el solo nombre del rey don Sebastian, la sola noticia, aunque fuese falsa, de que nuestro rey pisaba la tierra portuguesa, haría y hará de cada portugués un héroe; porque vos no sabéis, señor, añadió el duque dirigiendo la palabra á Gabriel de Espinosa, vuestra majestad no puede ni aun figurarse lo que su reino le adora; cuando un extranjero ve en las calles de las poblaciones de Portugal un hombre con la cabellera larga á lo nazareno, con la barba luenga y vestido de toseco buriel, es necesario decirle cuando pregunta quién es aquel hombre:—Es un sebastianista; espera la venida de nuestro muerto rey don Sebastian, como esperan aún los judíos la venida del Mesías.

—Y esos sebastianistas, dijo con amargura Gabriel de Espinosa, me negarán, como los judíos negaron al Mesías, y me llamarán impostor, si por una desgracia muy posible caigo bajo el poder de Felipe II, antes de poder presentarme con la espada desnuda y la corona ceñida de los portugueses.

—Dios, que ha conservado la vida de vuestra majestad tantos años, y le ha salvado de tantos peligros, dijo el duque de Coimbra, guardará á vuestra majestad durante los pocos dias que faltan para que vuestra majestad lleve á cabo su empresa.

—Véame yo á caballo entre vosotros en batalla, y despues, que suceda lo que Dios quiera.

—Yo no veo tan negro como tú lo que ha de suceder, Sebastian, dijo Yhayé; el peligro está aquí, en esta tierra de Castilla, y no es tanto, que sea necesario alarmarse; nadie sospecha de tí; es cierto que llaman la atención tu bravura, tu olor á noble y á rico, y las aventuras que de tí se cuentan; pero en esta nacion que sostiene tanto tiempo una guerra que podria llamarse universal, porque en todas las partes del mundo, aun en las regiones más apartadas tiene guerra, donde hay tanto soldado aventurero, que despues de muchos años vuelve á su pueblo rico y cargado de aventuras, y acompañado tal vez de una ilustre dama, no es nuevo lo que en tí han visto, ni las gentes de justicia pueden extrañarlo, ni el mismo rey si lo supiera lo tomaria á novedad; porque sabe bien que le vienen ricos y honrados del Nuevo-Mundo y de Italia, y de los Países Bajos valientes veteranos; tú tienes, gracias al dinero que han costado, papeles bastantes para probar que eres un soldado viejo, y ninguno de los que te conocen tienen interés en venderte.

—El rey de España es muy fuerte, dijo sombriamente Gabriel de Espinosa, está apoderado de Portugal, y fuerza es decirlo, señores, la empresa es hoy casi insuperable; por eso queria yo que se esperase algo; el rey don Felipe es viejo, no puede vivir mucho tiempo, y muerto él, el príncipe don Felipe, que será el rey Felipe III, seria infinitamente más fácil de vencer, porque el príncipe es apocado y débil, y en nada se parece á su pa-

dre, que cuanto más viejo es se hace más fuerte y más terrible.

—Tarda en llegar una persona, dijo Yhaye, que te convenceria de que no es tan fuerte como crees el rey don Felipe.

—¿Qué persona es esa?

—Un francés de los que ayudaron á Antonio Perez, el secretario que fué del rey don Felipe, á escapar de la cólera de su señor; un soldado antiguo, que era salteador en la montaña de Cataluña cuando la fuga de Antonio Perez, y que está hoy al servicio de éste.

—¿Y para qué viene ese hombre? dijo Gabriel.

—Antonio Perez está al servicio de Enrique IV de Francia, y Carlos Cabrian, que es ese soldado, ese salteador que te he dicho, está al servicio de Antonio Perez; por lo mismo, las cartas que traerá para tí de Antonio Perez, vienen á ser como si fuesen de Enrique IV.

—¿Y debía venir ese hombre aquí? dijo Gabriel.

—Sí, y debía haber llegado. Pero calla, me parece que oigo su seña.

—¿Es su seña un silbido semejante al de una lechuza?

—Sí, eso es; no me habia engañado: espera.

Y Yhaye se levantó, y se encaminó á la puerta del cementerio.

IV.

Gabriel de Espinosa y los tres nobles portugueses se quedaron esperando en silencio.

Poco despues se oyeron los pasos de Yhaye y de otro hombre.

Al fin, al escaso reflejo del farol que pendia de la cruz, Gabriel de Espinosa vió junto á sí á un fraile trinitario con la capucha calada, que habia venido con Yhaye.

—¿Quién de vosotros, señores, dijo el fraile, es el señor Gabriel de Espinosa?

—Yo, dijo Gabriel; ¿traeis algo para mí?

—Traia; pero ya no traigo.

—¿Y qué traiais?

—Una larga carta del señor Antonio Perez, para su majestad el rey don Sebastian de Portugal, con órden de entregarla al señor Gabriel de Espinosa.

—¿Y qué habeis hecho de ella?

—Me la he comido; y á fé á fé, que como era tan larga, me ha costado trabajo y bascas el tragarla.

—¿Y por qué os la habeis comido?

—Porque no se enterara de ella un alcalde con una ronda, que sin duda se habia empeñado en saber quién yo era y á dónde iba; y como la carta no se habia escrito para él, y no tenia para qué leerla, me la comí, para que no se apoderase de ella si me cogia, y se enterase de lo que no le importaba.

—¿Y cómo habeis escapado del alcalde?

—A tenazon; yéndome á él, dándole un cambio, y perdiéndome por unas estrechas calles, más intrincadas que un ovillo.

—¿Y ha sido muy lejos de aquí donde habeis dado el tenazon al alcalde?

—¡Oh, sí! Lejos; cuando vi que me seguian, en vez de acercarme á este sitio, empecé á alejarme de él; el